

El Secreto del Viejo Reloj de Arena

Yami Abrajan



En un rincón polvoriento del desván de su abuelo, Mateo descubrió un misterioso reloj de arena que brillaba con una luz dorada y suave. Al acercarse, notó que la arena dentro no caía hacia abajo, sino que flotaba formando pequeñas constelaciones luminosas.



Con un toque curioso, Mateo giró el aparato y de repente una brisa cálida llenó la habitación, transportándolo a un prado donde las flores cantaban melodías antiguas al compás del viento.



Mientras caminaba por el prado sonoro, una pequeña criatura alada hecha de luz pura se posó en su hombro y lo guio hacia un sendero brillante oculto entre los árboles.



El sendero condujo a Mateo hasta un río cuyas aguas cristalinas reflejaban momentos felices de su propia infancia, haciendo que una sonrisa cálida iluminara su rostro.



De pronto, el cielo cambió de color y las aguas del río comenzaron a fluir más rápido, indicando que el tiempo en aquel mundo mágico avanzaba con prisa.



Para cruzar hacia el otro lado del valle, Mateo tuvo que confiar en los recuerdos que había atesorado en su corazón, los cuales formaron un puente de luz firme bajo sus pies.



Al otro lado del puente, encontró una torre antigua donde el tiempo parecía haberse detenido por completo, rodeada de enredaderas plateadas y silencio.



En la cima de la torre, Mateo conoció al Guardián del Tiempo, un anciano sabio que le enseñó que cada segundo es un regalo que nunca se vuelve a repetir.



Antes de regresar, el guardián le entregó una pequeña esfera brillante para recordarle la importancia de vivir plenamente cada instante del día.



Mateo despertó en el desván con el amanecer iluminando su rostro, sosteniendo el viejo reloj de arena que ahora guardaba la promesa de nuevas y maravillosas aventuras.